

# I CERTAMEN DE RELATOS BREVES

## VALENCIA PARQUE CENTRAL



### Finalista 2: Llegar al final

Ha valido la pena la carrera, aunque ahora no pueda ni hablar. Ni tenerme en pie. Me siento entre los dos primeros vagones y agacho la cabeza entre las piernas. Parece que todo deja de moverse, menos el tren. Esto me pasa por salir corriendo de casa sin desayunar. Pero el olor a pan quemado y los cuatro hijos de mi primo haciendo esculturas en mantequilla, no me dejan otra opción. Necesito un momento para mí. ¡Necesito leer el final! Miro el billete, ni siquiera sé dónde voy, solo que es próxima salida. Un AVE. Vaya donde vaya, llegaré pronto. 11A, vaya, mesita. Abro el libro: “En ese preciso momento, se abrió la puerta...”

– ¿Le importa cambiarme la ventanilla? –levanto la vista y veo a una señora con mueca de asco– es que me mareo, ¿sabe usted? –no voy a entrar en una conversación larga ahora, me fastidia pero cambio. “En ese preciso momento, se abrió la puerta y de la oscuridad surgió...”

–Muchas gracias, hijo. Me recuerda usted a mi nieto –no la miro, no la miro, no se ponga ahora a hablarme media hora–. Dicen que no quedan muchachos educados, y yo siempre pienso en mi nieto y los defiendo –esto va a ir para largo, ahora el hombre de enfrente ha cerrado el periódico, se ha incorporado y asiente... vamos a tener tertulia. Me busca con la mirada. Me voy al coche cafetería.

–Con leche, por favor – ¿Por dónde iba? Ah: “... la oscuridad...”

– ¿Le pongo algo de comer, señor? –hago un gesto negativo con el dedo, sin perder la línea de vista– ¿un sándwich, algo de bollería, chocolatinas, galletas,...? –vale, le presto atención antes de que la enumeración no termine nunca, pero no quito el dedo de la página.

–No gracias. Sólo el café –contesto brevemente.

– ¿Entonces el café sólo? –ahora no sé si quiere decirme café solo o que si solamente quiero café, y el caso es que ya me da igual, sólo quiero seguir leyendo. Asiento. “En ese preciso momento, se abrió la puerta y de la oscuridad surgió una mano de un color mortecino...”

–Perdone, ¿tiene hora? – ¡Qué susto! ¿Es necesario que te toquen el hombro para pedirte la hora? ¿No está viendo que no llevo reloj? ¿No puede preguntar al camarero que tiene más ganas de hablar que yo? Niego con la cabeza y le enseño la muñeca izquierda. Ahora he perdido la página. “... la mano, la mano...” ¡aquí! “En ese preciso momento, se abrió la puerta y de la oscuridad surgió una mano de un color mortecino que se sujetó al marco de la puerta y de la que caía...”

– ¿Está bien el libro? ¿Lo ha comprado en la estación? –no puedo creerme que me hablen de nuevo. ¿Tengo un luminoso o qué? – ¿Me deja leer la contraportada? –me pregunta mientras empieza a tirar del libro. Vale, no puedo más. Tiro una moneda por el café que no me tomo y ando al siguiente vagón. Escucho que dice que soy un maleducado. Y que el camarero lo ratifica. Me da igual, no me conoce nadie. “... de la que caía un chorreón de sangre. Estaba claro, esa mano era del asesino. Esa mano era de...”

– ¿Qué tal, Mario? –no puede ser. Me dejo dar tres palmadas en la espalda con abrazo posterior. ¡Habrán trenes! ¡Habrán vagones! ¡Habrán pasillos! Mi cuñado. – ¿De trabajo o placer? – ¡Y se sabe todos los tópicos! Sonrío, correspondo las palmadas y miro la última línea: “Era la mano de...”

– ¡Qué casualidad! ¿Tomamos un café a ver si me ayudas a decidir el color del regalo de tu hermana? Mientras continúa hablando, arranco la última página, me la introduzco en la boca y comienzo a masticarla despacio. Ni siquiera se da cuenta.

**Llegar al final**

*Marta González, Sevilla*